

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de H^a Social y del Pensamiento Político, UNED
Dpto. de H^a del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM
Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón

Curso 2015-2016
Documento de trabajo 2016/2

TRÁNSFUGAS. DE LA IZQUIERDA AL FASCISMO EN LA EUROPA DE ENTREGUERRAS. ALGUNAS PROPUESTAS DE INTERPRETACIÓN

Steven Forti

(Instituto de História Contemporânea – Universidade Nova de Lisboa)

SESIÓN: JUEVES, 18 DE FEBRERO, 19 H.

Lugar: Rotonda
Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: seminariodehistoria@gmail.com

Según el diccionario de la lengua de la Real Academia Española, un tráfuga es una «persona que pasa de una ideología o colectividad a otra» o un «militar que cambia de bando en tiempo de conflicto». El término efectivamente tiene su origen en el verbo latín *transfugere*, “huir más allá”. La primera imagen que se nos ocurre es la de un desertor: un soldado que cruza la tierra de nadie, huyendo de una trinchera a otra, en medio del cataclismo de la Gran Guerra.

Tráfuga es un término que lleva, o que ha adquirido con el tiempo, un juicio de valor negativo, comparable e intercambiable con el de chaquetero, oportunista o traidor. También es verdad que no son raros, sobre todo en las últimas décadas, casos en que el abandono de un partido político y la incorporación a otro se debe más bien a razones pecuniarias o para mantener u ocupar sitios de poder. Piénsese en el conocido caso del senador de centro-izquierda italiano Sergio De Gregorio que fue literalmente comprado por Berlusconi después de la ajustada derrota de *Il Cavaliere* en 2006. O, quedándonos en Italia y hablando de la actualidad, piénsese también que a dos años del comienzo de la última legislatura 155 parlamentarios han cambiado de partido. ¿Trasformismo? ¿Oportunismo? Es lo más probable. Pero, si estudiamos este fenómeno durante el siglo XX, más que en la actual época post-ideológica, sería simplista esta *reductio ad unum* para explicar una serie de tránsitos que fueron una cuestión menos insignificante de lo que se ha venido diciendo por mucho tiempo.

En estas páginas se presentarán unas reflexiones fruto de una investigación que se ha llevado a cabo sobre el tránsito de dirigentes políticos de la izquierda al fascismo en tres países de la Europa mediterránea (Italia, Francia y España) en los años de entreguerras.¹ Unos años marcados por dos conflictos mundiales, la Revolución Rusa, el ascenso de los fascismos y la crisis de 1929. La era de la catástrofe, en la conocida definición de Eric J. Hobsbawm. Estas reflexiones se están aplicando ahora para una ampliación de esta misma investigación a otros contextos nacionales, como los de Portugal, Bélgica e Inglaterra, con el objetivo de llegar a unas consideraciones generales –y no generalistas– sobre esta *vexata quaestio* para la Europa occidental.

¹ Steven Forti, *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2014.

1. Los retos de los trásfugas

El estudio de la cuestión del tránsito de una familia política a otra nos pone delante de cuatro retos. El primer reto, aunque parezca una obviedad, es el de su misma existencia como fenómeno digno de una investigación científica. Los trásfugas existieron y no fueron casos excepcionales cual *rara avis*. En la historia política contemporánea encontramos a un número no desdeñable de dirigentes políticos –pero también de intelectuales y de militantes– que pasaron de una familia política a otra. Por el periodo que aquí nos interesa –los años comprendidos entre 1914 y 1945– se trata, más concretamente, de trásitos que van del heterogéneo archipiélago de las izquierdas al fascismo. La dirección del tránsito cambia en otros momentos del siglo XX: después de la Segunda Guerra Mundial se trata, sobre todo, de trásitos del fascismo a la izquierda, mientras que en los años ochenta y noventa otra vez de la izquierda a la derecha.

El segundo reto consiste en superar las interpretaciones hasta ahora en boga que se pueden resumir esencialmente en la interpretación del oportunismo/chaqueterismo – que podríamos definir la interpretación *simplista*– y en la interpretación que analiza esta cuestión con la lupa de la teoría de los opuestos extremismos –la que podríamos definir la interpretación *política par excellence*–. Comunistas y fascistas, nos viene a decir esta segunda interpretación, no eran a fin de cuentas tan distintos: los puntos en común serían muchos y las biografías de estos personajes vendrían a ser la prueba más contundente de ello. La teoría de los totalitarismos avalaría esta interpretación.

El tercer reto consiste en un problema recurrente en el trabajo historiográfico que se amplifica en este caso: el de las fuentes. Los estudios sobre esta cuestión son pocos o, en algunos contextos nacionales, inexistentes y las fuentes secundarias resultan pocos fiables en muchos casos debido a la condena política y moral, acompañada en algunos casos de la *damnatio memoriae*, sufrida por los trásfugas después de su “conversión al enemigo”. Así que, una vez más, las fuentes primarias resultan imprescindibles, aunque, como bien se sabe, para ese periodo histórico no resulta siempre fácil su búsqueda y su consulta.

El cuarto y último reto que nos ponen los trásfugas es el de superar las fronteras nacionales. No son, desde luego, sólo los trásfugas los que nos ponen este reto; pero la limitación de un estudio como éste a un sólo contexto nacional imposibilitaría una interpretación satisfactoria de un fenómeno sin duda complejo y delicado.

2. Cuestiones de metodología

Un sencillo análisis biográfico o también un análisis del discurso político no pueden ofrecer unas claves interpretativas adecuadas para superar estos retos y para romper algunas de estas barreras. Se ha apostado entonces por una investigación en tres niveles donde la historia política se junta a la historia del lenguaje político y de las ideas en una perspectiva comparada.

El primer nivel es el análisis biográfico. Teniendo en cuenta el debate europeo acerca de la naturaleza y el uso en la historiografía de la biografía, la prosopografía y las historias de vida, se puede plantear que a través de un sujeto es posible percibir y descifrar parte de la cultura de una época. El individuo no es nunca un individuo solitario, sino una síntesis, un signo cultural estenográfico, como bien explicó Franco Ferrarotti, y llega a ser el único lugar histórico en el cual se dan encuentro, más allá de cualquier esquematismo historiográfico, todas las fuerzas económicas y morales que contribuyen a hacer la historia.² Como apuntó Serge Noiret, el personaje no tiene que ser “objeto sociológico sin nombre”: de tal manera, se deja espacio a la complejidad de factores a veces poco coherentes entre ellos que puedan explicar los comportamientos del personaje y, a continuación, localizar algunas características de la cultura de la época.³ Estudiar la vida de un personaje puede ser la ocasión para deshacer nudos históricos más grandes que él y con los cuales el personaje interactuó. La historia biográfica acaba encontrándose con la microhistoria, y hace posible un acercamiento ideal a la historia local y regional. El posible riesgo de un exceso de localismo y de una historia encerrada en su microcosmos desaparece debido a una perspectiva de histórica comparada que se preocupa por tener en cuenta las dinámicas nacionales y europeas.

El segundo nivel de la investigación concierne al análisis del lenguaje político de los personajes estudiados. La peculiar trayectoria de los tráfugas y el hecho de que la mayoría de ellos no fueron en absoluto unos teóricos, sino unos propagandistas, implica que una tradicional interpretación del pensamiento político no sería la adecuada. La búsqueda de una lógica implícita y de la evolución de un pensamiento no tendría una particular utilidad heurística, más allá de confirmar la habitual condena moral de unos aparentes oportunistas y chaqueteros. Para salir de un encasillamiento hecho a

² Franco Ferrarotti, *Storia e storie di vita*, Bari, Laterza, 1981.

³ Serge Noiret, *Massimalismo e crisi dello stato liberale. Nicola Bombacci (1879-1924)*, Milán, FrancoAngeli, 1992, p. 21. Véase también Sergio Romano, “Biografía e storiografía”, *Risorgimento*, n. 1, 1981 y Juan José Pujadas Muñoz, *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, CIS, 1992.

posteriori y según categorías inapropiadas, se considera necesario un análisis de las palabras de la política, más que un estudio tradicional del pensamiento y del discurso político.

Entre los años setenta y ochenta del pasado siglo XX, Gareth Stedman Jones puso de relieve que el análisis del lenguaje tenía que ver tanto con la relación entre la sociedad, el lenguaje y la política, como con el estudio del contexto lingüístico en el cual se utiliza un término. Con el objetivo de devolver su importancia a la política, el historiador británico propuso también estudiar los cambios en el comportamiento político a partir de los cambios en el propio discurso político; es decir, estudiar la historia política a partir del análisis de la estructura discursiva del lenguaje político, explorando la relación sistemática entre términos y proposiciones del lenguaje. Así como plantearse las pertinentes consideraciones acerca de la relación entre mensaje y destinatario en el lenguaje político; o dicho de otra forma, la estrecha relación entre lo que se dice y a quién se dice, hasta el punto que tendría que concebirse como la construcción de una posible representación.⁴

En aquellos mismos años, repensando críticamente las propuestas interpretativas del *linguistic turn* y sobre todo las reflexiones de Michel Foucault, también Roger Chartier y Lynn Hunt proporcionaron nuevas líneas para la investigación histórica del lenguaje político. Al plantearse superar la fractura entre historia de las subjetividades e historia de las estructuras, Chartier propuso volver a la noción de representación colectiva que, en su opinión,

puede producir una historia cultural de lo social que tenga por objeto la comprensión de las figuras y de los motivos – o, para decirlo de otra forma, de las representaciones del mundo social – que, sin que los actores sociales sean conscientes de ello, traducen sus posicionamientos y sus intereses en su objetividad, y que, al mismo tiempo, describen la sociedad como ellos piensan que pueda ser, o como ellos quisieran que fuese.⁵

Mientras, en su ensayo sobre la Revolución Francesa, Hunt se centró en el momento y en la política, criticando los estudios anclados de forma prevaleciente en los orígenes y los resultados, y renovando el análisis del lenguaje político al proponer el estudio del “discurso revolucionario como un texto al estilo de la crítica literaria”: un

⁴ Gareth Stedman Jones. *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid: Siglo XXI, 1989.

⁵ Roger Chartier. *La rappresentazione del sociale. Saggi di storia culturale*. Turin: Bollati Boringhieri, 1989, pp. 14-15. [La traducción al castellano es mía]

estudio horizontal y no vertical, donde se presta atención a los discursos mismos de los revolucionarios. Según la historiadora estadounidense

el lenguaje político no fue la sencilla expresión de una posición ideológica determinada por intereses sociales y políticos subyacentes. El mismo lenguaje contribuyó a configurar la manera en que se concebían aquellos intereses, y entonces el desarrollo de las ideologías. Dicho de otra forma, el discurso político revolucionario era retórica; era un instrumento de persuasión, una manera para reconstituir el mundo social y político.⁶

Las metodologías de análisis y las líneas de investigación propuestas por Stedman Jones, Chartier y sobre todo por Hunt resultan de particular utilidad para un estudio de la política y del lenguaje político en la Europa de entreguerras ceñido a la cuestión de los tránsfugas. Especialmente resulta de importancia capital la centralidad otorgada al “momento” –conjuntamente con la crítica de la genealogía de la cual escribió Foucault hablando de la “quimera del origen”⁷ y el análisis horizontal del lenguaje político propuestos por Hunt.

Más recientemente, Fabrice d’Almeida, poniendo de relieve cómo se había estudiado poco el lenguaje político, apuntó que “el siglo XX fue el siglo de la palabra transformada en lenguaje. Todo debía permitir a las palabras encontrar las masas.” El historiador francés subraya que

El único poder del hombre político se encuentra en la capacidad de producir prosélitos, seguidores e imitadores, pero para poder hacer esto debe adaptarse a los códigos de comunicación de la lengua popular. Hablar con el pueblo implica hablar como el pueblo. En este sentido la historia del lenguaje implica la historia de las sociedades.

Así mismo, D’Almeida considera que con la Gran Guerra se acabó el paradigma retórico litúrgico y se abrió la etapa simbólico-mágica por lo que concierne a la propaganda política. Las nuevas elites políticas empezaron a compartir la idea de que era posible condicionar a las masas: la propaganda cambió de significado, alejándose de la retórica y la elocuencia y acercándose al símbolo y la reflexión condicionada. De la pedagogía y la liturgia, la propaganda pasó a repetir ininterrumpidamente las consignas

⁶ Lynn Hunt. *La Rivoluzione francese. Politica, cultura, classi sociali*. Bologna: Il Mulino, 1989, p. 16, p. 32, p. 31. [La traducción al castellano es mía]

⁷ Michel Foucault. “Nietzsche, la genealogía, la storia”, en M. Foucault. *Microfísica del potere*. Turín: Einaudi, 1978, p. 34.

del momento, inventando enemigos y utilizando las imágenes más negativas del adversario que se proyectaban en la sociedad. Uno de los efectos más evidentes, según d'Almeida, del encuentro de la sacralidad de tipo mágico con las masas concierne a la generalización y la extensión de la política a toda la sociedad.⁸ Una característica que resulta evidente en la transformación del lenguaje político de los tráfugas.

Dos cosas más vale la pena poner de relieve acerca de la palabra en la política y de la propaganda. En primer lugar, la peculiaridad de la lengua fascista, producto de una serie interminable de mestizajes lingüísticos, y su capacidad de reutilizar palabras provenientes de otras tradiciones políticas, y, en segundo lugar, la importancia de la propaganda socialista de principios de siglo como modelo de referencia, la mayor fuerza de los opúsculos y de los artículos en los periódicos respecto a los libros y de la propaganda hablada respecto a la propaganda escrita.

Con el fin de llegar al reconocimiento de las palabras clave para un análisis del lenguaje político es imprescindible la lectura de las obras cruciales del pensamiento político de aquellas décadas. Las palabras de Kautsky, Lenin, Sorel, Weber, Pareto y Michels, entre otros, son el modelo de referencia para poder pensar y hacer política, debido a su planteamiento de cuestiones y, en algunos casos, su invención de “algo nuevo”. Conjuntamente con estas obras capitales del pensamiento político del siglo XX, resulta indispensable el análisis de las referencias políticas e ideológicas más próximas a los tráfugas en algún momento de sus trayectorias y las referencias culturales constantes a lo largo de sus vidas. De esta manera, hemos detectado al menos tres palabras clave –partido, guerra y revolución–, las cuales están vigentes en toda la primera mitad del siglo XX y se ha intentado ver cómo fueron utilizadas por parte de los tráfugas. La importancia de estas palabras clave se ha medido a través de la comparación con otras palabras y otros sintagmas –trabajo, justicia social, nuevo orden, etc.–, que son también constantes en estas décadas y que en muchos casos resultan de capital importancia en el lenguaje político de estos dirigentes políticos. El objetivo de ello ha sido notar lo que queda y lo que se modifica (por sus propias razones) en el lenguaje político de estos dirigentes en el paso de la izquierda al fascismo. De hecho, el lenguaje político de exdirigentes del movimiento obrero, a través de la sustitución-sublimación de la categoría de “clase” con la de “nación”, pone de manifiesto tanto la

⁸ Fabrice d'Almeida. “La trasformazione dei linguaggi politici nell'Europa del Novecento”, en Maurizio Ridolfi (Ed.). *Propaganda e comunicazione politica. Storia e trasformazioni nell'età contemporanea*. Milán: Bruno Mondadori, 2004, pp. 25-39. [La traducción al castellano es mía]

construcción de un discurso nacionalista a partir de la pertenencia a un partido político de la clase obrera, como la (re)construcción de una identidad de clase (obrero) en el marco de un régimen fascista y de su proyecto corporativista.

Finalmente, el tercer nivel es la historia política de los tres países con un enfoque comparado. Teniendo en cuenta lo que se ha planteado en la explicación de los precedentes niveles de la investigación (descomposición de las biografías de los personajes estudiados y análisis del lenguaje político prestando atención al contexto europeo de entreguerras), es imprescindible el conocimiento del contexto político, social, cultural y económico de los países estudiados, con una atención particular a la evolución de los partidos políticos, a la circulación y el arraigo de las ideas y del pensamiento político.

3. ¿Cuántos fueron los tráfugas?

Se han detectado más de cincuenta casos de dirigentes que pasaron de la izquierda al fascismo en los años de entreguerras en Italia, Francia y España. Cobran importancia las dinámicas similares, como el heterogéneo grupo de los sindicalistas revolucionarios y anarcosindicalistas italianos que siguieron a Mussolini ya en la elección intervencionista de la Gran Guerra y en la fundación de los Fasci di Combattimento en 1919 (Edmondo Rossoni, Ottavio Dinale, Tullio Masotti, Giovanni Bitelli, Livio Ciardi, Angelo Oliviero Olivetti, Michele Bianchi, Agostino Lanzillo, Massimo Rocca, Mario Gioda, Edoardo Malusardi, Maria Rygier, Leandro Arpinati) o los otros sindicalistas revolucionarios que abrazaron el fascismo después de la Marcha sobre Roma (Walter Mocchi, Amilcare De Ambris, Alibrando Giovannetti, Nicola Vecchi, Pulvio Zocchi) o con la Guerra de Etiopía de 1935 (Arturo Labriola). En el caso de Italia nos cruzamos también con algunos dirigentes políticos comunistas de cierta envergadura que venían del maximalismo (Nicola Bombacci, Ercole Bucco, Ezio Riboldi, Mario Malatesta, Antonio Di Legge), junto con jóvenes militantes que se afiliaron directamente al PCd'I (Angelo Scucchia, Eros Vecchi, Giovanni Guidi) y con algunos líderes socialistas que pasaron al fascismo sin incorporarse al Partido Comunista (Alberto Malatesta, Giovanni Martini, Silvio Barro).⁹

En Francia encontramos también una especie de grupo compacto: los comunistas franceses cercanos a Jacques Doriot, que siguieron al alcalde de Saint Denis del PCF al

⁹ Para la bibliografía existente sobre todos estos dirigentes políticos, véase S. Forti, *El peso de la nación*, cit.

PPF hasta la colaboración *vichysois* (Paul Marion, Henri Barbé, Pierre Célor, Marcel Marschall, Alexandre Abremski, Victor Barthélemy, Victor Arrighi, Paul Guitard, Jean Fontenoy, Pierre Dutilleul, François Chasseigne y Camille Fégy). Otros comunistas como el líder político de Marsella Simon Sabiani o como Maurice Laporte, uno de los primeros dirigentes del PCF después de la escisión de Tours, se incorporaron al PPF a finales de los años treinta. La deriva fascista en la Francia de entreguerras no tocó solamente al *Partido Comunista Francés*, sino también a otros partidos y movimientos de la izquierda gala. El caso de Marcel Déat es sintomático de un tránsito de cuadros socialistas al fascismo, pasando por el neo-socialismo, y un determinado intento de revisión del marxismo, bajo la influencia del “planisme”. Las ambiguas trayectorias de Barthélemy Montagnon y Adrian Marquet son otros dos testimonios de esta tipología de tránsito. El caso de Gaston Bergery es ejemplar de las derivas de cuadros radicales: no fueron pocos los “jeunes turcs” que acabaron colaborando activamente con los alemanes durante la ocupación, como demuestran los itinerarios políticos de Jean Luchaire, Bertrand de Jouvenel o Pierre Drieu La Rochelle, entre otros. Los “extraños casos” de Gustave Hervé –socialista antimilitarista que se convirtió a la causa patriótica durante la Gran Guerra y fue un admirador del fascismo y un seguidor de Pétain en las dos décadas siguientes– y de Georges Valois –sindicalista revolucionario de principios de siglo, fundador de *Le Faisceau* en 1925 y miembro de la resistencia a los alemanes hasta la muerte en Bergen-Belsen en febrero de 1945– tienen en cambio unas dinámicas absolutamente singulares.

En el caso de España hay menos ejemplos de este tipo de figuras respecto a la experiencia francesa o italiana, entre otras razones por la ruptura brutal que representó la Guerra Civil española. Dos cosas resultan sintomáticas: los casos de tres de los fundadores de los dos Partidos Comunistas que se constituyeron en España en 1920 y 1921 (Ramón Merino Gracia, Óscar Pérez Solís y Mariano García Cortés), los de la militancia juvenil comunista y/o libertaria de muchos de los colaboradores de *La Conquista del Estado* y del primer núcleo de las JONS (Ramiro Ledesma Ramos, Santiago Montero Díaz, Francisco Guillén Salaya, José Guerrero Fuensalida, Luis Ciudad, Nicasio Álvarez de Sotomayor, Pascual Llorente, Carlos Riva, Manuel Mateo, Francisco Mateos González, Ramón Iglesias Parga y Juan Aparicio López), o de la militancia socialista como en el caso de Gerardo Salvador Merino. Encontramos también otras trayectorias que no dejan de ser interesantes como la del joven comunista madrileño Enrique Matorras, que pasó a los sindicatos católicos de derechas en 1934, la

del republicano de izquierdas Joaquín Pérez Madrigal que en 1936 pasó a la CEDA y con el estallido de la guerra se incorporó rápidamente en el bando de los sublevados y, finalmente, la de la dirigente socialista Regina García García, que se convirtió al catolicismo después del dramático encarcelamiento en la cárcel madrileña de las Ventas.

4. Unas primeras consideraciones

En primer lugar, la comparación de las trayectorias de los tráfugas nos permite poner de manifiesto la distinta manera en que estos dirigentes políticos se acercaron y se incorporaron al fascismo en los tres contextos nacionales. En la gran mayoría de los casos, en Italia el tránsito fue directo (del socialismo, del comunismo o del sindicalismo revolucionario al fascismo), mientras que en España y en Francia el tránsito se produjo a través de un factor de mediación (el catolicismo en el primer caso, el socialismo y el planismo en el segundo).

En segundo lugar, siguiendo las pioneras aportaciones de Philippe Burrin sobre el caso francés,¹⁰ notamos la existencia de algunas “pasarelas” hacia el fascismo, es decir unos elementos que facilitan el tránsito de dirigentes políticos al fascismo durante una crisis nacional y/o durante una disidencia. Se han detectado al menos seis pasarelas:

- 1) el valor otorgado a la acción, al dinamismo y a la praxis (como forma incesante de activismo político desde el punto de vista personal, como concepción de la política misma como acción y también en la idea del fascismo concebido como dinamismo);
- 2) el valor otorgado a las minorías, a las élites y a las vanguardias revolucionarias, muchas veces acompañado de una idea fuertemente negativa del pueblo y de las masas;
- 3) una fe indestructible en la revolución;
- 4) la presencia constante de enemigos comunes, como la democracia liberal, el parlamentarismo, la burguesía y el capitalismo;
- 5) la importancia de una concepción del mundo antimaterialista, fuertemente idealística y en determinados momentos claramente religiosa;
- 6) la nación y su interrelación con la clase.

Sin la nación no es posible concebir el fenómeno del transfuguismo en aquellos años. La sustitución del concepto, la categoría y la palabra de clase por la de nación en el pensamiento y el lenguaje político es un punto imprescindible para que se pueda aceptar el fascismo, como opción política y como ideología. El lenguaje político de los

¹⁰ Philippe Burrin, *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery 1933-1945*, París, Seuil, 1986.

tránsfugas, a través de la sustitución-sUBLIMACIÓN de la categoría de clase con la de nación, pone de manifiesto tanto la construcción de un discurso nacionalista a partir de la pertenencia a un partido político de la clase obrera, como la (re)construcción de una identidad de clase (obrero) en el marco de un régimen fascista y de su proyecto corporativista. Parece que no se equivocó Zeev Sternhell, cuando hace más de dos décadas consideró que la clave para comprender el mal llamado transfuguismo se encuentra en la unión de muchos factores presentes ya en la manera de concebir la política durante la militancia socialista/comunista con el concepto de nación (que se sustituye al internacionalismo), en determinados momentos históricos, generalmente marcados por la guerra (militar y/o política). Todo esto dentro de una revisión del marxismo de tipo antimaterialístico.¹¹

En tercer lugar, el estudio de la biografía y del lenguaje político de los tránsfugas de entreguerras ha mostrado ser una pieza más para reconstruir el mosaico fascista y su inmensa, y hoy en día casi incomprensible, capacidad de convencer y vencer, no solamente con la violencia, la represión y el control, sino también ofreciendo un proyecto poliédrico que se sabía y podía adaptar a lugares y tiempos diferentes. Es decir, el fascismo como organismo saprófago, como lo definió George L. Mosse.¹² Que nos guste o menos admitirlo, los fascismos en la Europa de entreguerras supieron dar respuestas a buena parte de las preguntas de una sociedad en busca de seguridad, como notó Wolfgang Schivelbusch.¹³ Afirmar esto no significa que los fascismos realizaron efectivamente lo que propusieron o en muchos casos que solo propagandaron. Gianpasquale Santomassimo lo explicó muy bien estudiando el mito del corporativismo: “la distancia entre la grandilocuencia del mito y las realizaciones prácticas” no borra el hecho que “aquel mito tuvo una influencia de inmenso relieve”.¹⁴ En cuarto lugar, los tránsfugas vienen a ser también la ejemplificación práctica de como el fascismo construyó su mito y su proyecto poliédrico. Estos dirigentes políticos son unos ejemplos de los efectos de la propaganda fascista y de su re-elaboración: es decir, de cómo ésta propaganda se recibió y se aceptó por parte de un sujeto en tres contextos nacionales distintos y de cómo el mismo sujeto re-elaboró esta misma propaganda,

¹¹ Zeev Sternhell, *Ni droite, ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, París, Seuil, 1983 y sobre todo Id., Zeev Sternhell, Mario Sznajder, Maia Asheri, *Naissance de l'idéologie fasciste*, París, Fayard, 1989.

¹² George L. Mosse, *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*, New York, Howard Fertig, 1980.

¹³ Wolfgang Schivelbusch, *3 New Deal*, Milano, Tropea, 2008 (ed. or. *Entfernte Verwandtschaft: Faschismus, Nationalsozialismus, New Deal 1933-1939*, Monaco, Carl Hanser Verlag, 2005).

¹⁴ Gianpasquale Santomassimo, *La terza via fascista. Il mito del corporativismo*, Roma, Carocci, 2006, pp. 17, 11.

llegando a ser un agente activo de la propaganda fascista.

Finalmente, en quinto y último lugar, esta investigación muestra cómo dos tópicos de la historiografía occidental son como mínimo equívocos. *C'est-à-dire*, la idea de que cada historia nacional sea única e irrepetible y que las comparaciones transnacionales no hagan otra cosa que subrayar la singularidad de cada contexto nacional; y la opinión según la cual no se puede crear una categoría interpretativa general en que incluir los distintos casos de fascismo. Probablemente no se equivocaba Ricardo Chueca cuando acuñó la fórmula “Cada país da vida al fascismo que necesita”.¹⁵ Los tráfugas, con sus zigzagueantes trayectorias, son una muestra más de todo esto.

5. Clase y Nación: ¿amigos o enemigos?

Como se ha subrayado, uno de los nudos gordianos que se encuentra en el estudio de la cuestión del tránsito de dirigentes políticos de la izquierda al fascismo en la Europa de entreguerras es el de la relación entre la clase y la nación. La nación es un peso que dobla la espalda de estos tráfugas. El excomunista Nicola Bombacci lo explicó muy bien en una de sus primeras declaraciones de fe fascista, a finales de 1935:

Ieri nell'amore per l'umanità sofferente avevo fuso quello del mio Paese, sicuro di arrivare più spedito alle conquiste necessarie al progresso civile, oggi – illuminato dalla sublime esperienza del regime fascista e dal magnifico esempio di Mussolini – riconosco che il processo dev'essere capovolto. Non la classe ma la Nazione e fra queste, l'Italia che è guida e maestra.¹⁶

No es una casualidad que Bombacci recuperase la experiencia de Mussolini, el primer tráfuga de la historia política italiana, conjuntamente con algunos sindicalistas revolucionarios y otros socialistas, que abrazaron el nacionalismo entre la guerra colonial de Libia y la entrada en guerra de Italia en 1915. Otros dirigentes políticos y sindicales de las izquierdas abrazaron el mito de la nación más adelante, con el fascismo ya en el poder, y en muchos casos cuando la Nación estaba amenazada o, aparentemente en peligro, como durante la guerra de Etiopía de 1935.

¹⁵ Ricardo Chueca, *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983.

¹⁶ Carta de Nicola Bombacci a Costanzo Ciano, 11 diciembre 1935, en ACS, SPD, CR, 1922-1943, b. 74, fasc. H/R, Bombacci Nicola.

La cuestión es mucho más compleja y no es nada fácil desembrollar un nudo de estas dimensiones. Otro ejemplo: en 1942, en una carta al exlíder sindical Giuseppe Giulietti, Bombacci escribió que “Il mio socialismo non fu mai antinazionale”.¹⁷ Más allá de las reconstrucciones que un sujeto puede hacer de su propio pasado, Bombacci iba al *quid* de la cuestión. Es decir, ¿cómo se concebía la relación entre socialismo y nación y entre socialismo y patria en la primera parte del siglo XX? Y, más precisamente, ¿cómo concebían los tráfugas la nación antes del abandono del socialismo y del comunismo? ¿Existía una insuperable contradicción entre internacionalismo proletario y nacionalismo dentro del socialismo y del comunismo? Y, si fue así, ¿hasta que punto?

La cronología tiene una notable importancia. La Gran Guerra abrió una herida que fue muy difícil cerrar en el campo socialista. 1914 significó dar respuestas nuevas y distintas a la cuestión de la relación entre socialismo y nación, afirmando el fin del mito internacionalista existente desde 1848 y reafirmado con fuerza en 1871, con la experiencia de la Comuna de París. La cuestión existía ya antes de 1914. Pensemos en esa obra clave del austromarxismo, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* de Otto Bauer (1907) y la respuesta de Anton Pannekoek con su *Lucha de clase y Nación* (1912). El debate nacía de la peculiar realidad del Imperio Austro-húngaro y la respuesta de Pannekoek, sin quitar importancia a la valiosa contribución de Bauer, ponía de relieve como el socialismo debiera alejarse todo lo posible de la nación. Escribía Pannekoek:

lo nacional no sólo es una manifestación pasajera en el proletariado, sino que entonces constituye, como toda ideología burguesa, un obstáculo para la lucha de clases cuyo poder perjudicial debe ser eliminado en la medida de lo posible. [...] Es indispensable que el sentimiento de clase y la lucha de clase arraiguen profundamente en el espíritu de los obreros; es entonces, cuando se darán cuenta progresivamente de lo irreal y de lo fútil de las consignas nacionales para su clase. [...] Pues al igual que los antagonismos religiosos, los antagonismos nacionales constituyen un medio excelente para dividir al proletariado, desviar su atención de la lucha de clases con ayuda de eslóganes ideológicos e impedir su unidad de clase.¹⁸

¹⁷ Carta de Nicola Bombacci a Giuseppe Giulietti, 9 abril 1942, citada en Guglielmo Salotti, *Nicola Bombacci. Da Mosca a Salò*, Roma, Bonacci, 1986, p. 70.

¹⁸ Pannekoek Anton, *Lucha de clase y nación* (1912), en Herman Gorter, Anton Pannekoek, *Contra el nacionalismo, contra el imperialismo y la guerra: ¡revolución proletaria mundial!*, traducción de Emilio Madrid Expósito, Barcelona, Ediciones Espartaco Internacional, 2005, pp. 44-45 y 60.

Malauguradamente, muy pocos socialistas leyeron y siguieron los consejos de Pannekoek dos años más tarde, como demostró ya en octubre de 1914 otro pensador marxista que acabó muy pronto en la heterodoxia, Herman Gorter en un ensayo de gran fuerza y lucidez, *El imperialismo, la guerra y la socialdemocracia*. Los que junto a Gorter condenaron esa postura suicida del socialismo fueron sólo unos pocos más: Lenin y Trotsky, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Y una parte de los socialistas italianos. Los que se reunieron en Zimmerwald y en Kienthal y que pusieron las bases de la Tercera Internacional mientras la guerra destrozaba Europa.

La mayoría de la poderosa socialdemocracia alemana y del socialismo francés votó los créditos de guerra, igual que los socialistas de Bélgica, de los Países Bajos y de Inglaterra. En España gran parte de los socialistas se declararon aliadófilos. Como acabamos de poner de manifiesto, fueron minorías los que dentro de la gran familia socialista se opusieron firmemente a la guerra y fueron también unas minorías los que propusieron una fusión entre socialismo y nación, como los sindicalistas revolucionarios intervencionistas italianos. Personajes de la importancia de Edmondo Rossoni, futuro jefe de los sindicatos fascistas y ministro en varias ocasiones durante el *ventennio*, de Ottavio Dinale, periodista, propagandista y amigo íntimo de Mussolini hasta los últimos días de Salò, o también de Alceste De Ambris, intervencionista convencido, redactor de la Carta del Carnaro con D'Annunzio en Fiume en 1920 y luego antifascista, muerto en el exilio parisino. Se empezó aquella revisión del marxismo que relacionaba marxismo y nación desde otro punto de vista. Y que a raíz de la crisis de 1929 encontró nuevos adeptos. Piénsese a principios de los años treinta en el planismo de Henri De Man o al neosocialismo de los franceses Déat, Marquet y Renaudel.

La creación de los Frentes populares en España y en Francia –gracias al giro político decidido por la Internacional comunista–, la Guerra Civil española y la Segunda guerra mundial marcaron una nueva etapa en la relación entre la izquierda y la nación, evidente en la defensa de la España republicana de la España fascista, en la gran guerra patriótica de la Unión soviética después de junio de 1941 y, sobre todo, en las guerras de resistencias italiana, francesa y yugoslava. Parece que las reflexiones del Gramsci empujadas en las cárceles fascistas llegaron, aunque solo parcialmente, a sus camaradas: “il punto di partenza è ‘nazionale’, escribía Gramsci, ed è da questo punto di partenza che occorre prendere le mosse. Ma la prospettiva è internazionale e non può

essere che tale”.¹⁹ A fin de cuentas, un principio que en los movimientos de hoy en día parece haber cuajado y tener nuevo vigor: actuar localmente y pensar globalmente.

Los partisanos italianos luchaban con la bandera tricolor (sin el escudo de los Saboya, aparte de algunas formaciones monárquicas y, en el caso comunista, con la estrella roja) y para liberar la patria del ocupante nazifascista. Una cosa impensable solo un cuarto de siglo antes: en septiembre de 1920 a los obreros socialistas nunca se le hubiera pasado por la cabeza poner una bandera italiana en los techos de las fábricas ocupadas. En la izquierda italiana, la bandera tricolor había cambiado de significado en tan poco tiempo (y con en medio un régimen como el fascista, que utilizó la nación como estandarte y como referencia imprescindible): de símbolo de opresión (de la burguesía, de la monarquía y del militarismo) la bandera tricolor pasaba a ser símbolo de liberación (de un régimen fascista, de la ocupación extranjera, para un futuro de democracia y libertad). Algo similar pasó en Francia en los mismos años, aunque el paso fue menos radical. Pensemos, de todos modos, en la París del 6 de febrero de 1934 y en la París liberada del agosto de 1944: si en las manifestaciones organizadas por socialistas y comunistas en contra de la ocupación de la calle de las ligas fascistas lo que prevaleían eran las banderas rojas, el panorama fue distinto el día de la entrada de los resistentes en la capital gala. O pensemos, para el caso español, en lo que pasó durante la Guerra Civil, con la utilización del mito nacional por parte de la España republicana.²⁰ En el trienio bolchevique no fue para nada usual ver la bandera española en las manifestaciones obreras o en algunas de las muchas ocupaciones de los campos andaluces. Claro está, que en el caso español un elemento clave es el fin de la monarquía y la proclamación de la República en abril de 1931.

La ambigüedad, o quizás sería mejor decir la ambivalencia, que se instauró en los años treinta entre el concepto de socialismo y el de nación nos resulta en muchos casos difícil de entender, teniendo en cuenta como acabaron las vidas de algunos de los que propusieron estos análisis. Mirándolos desde nuestra posición privilegiada, nos parece evidente la enorme diferencia existente entre el intento de conciliar lo social y lo nacional propuesto por Marcel Déat y Arturo Labriola a principios de aquella década o el intento propuesto por Carlo Rosselli y Ruggero Grieco en los mismos años. Pero sus contemporáneos no percibían de la misma manera las cosas. En una de sus primeras

¹⁹ Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*, Turín, Einaudi, 1966 (ed. or. 1949), p. 114.

²⁰ Como, por ejemplo, explicó muy bien Xosé M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica en la guerra civil española 1936–1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

colaboraciones con la revista *Notre Temps*, en mayo de 1931, Paul Marion –que acababa de dejar el PCF y se acercaba a las *nouvelles générations*²¹ y al ala derecha de la SFIO antes de acabar en el PPF de Doriot y en la colaboración de Vichy– dedicó un artículo a dos libros publicados casi simultáneamente, *Perspectives socialistes* de Marcel Déat y *Socialisme libéral* de Carlo Rosselli. El artículo de Marion acababa con estas palabras:

Tous deux [los libros de Déat y Rosselli] sont le fruit d'une époque où, chaque année étant aussi lourde d'expériences qu'une décade avant la guerre, les hommes et les partis sentent l'urgente nécessité de renouveler et d'enrichir sans cesse leur conception de l'univers social.²²

Otro ejemplo, quizás más sintomático todavía, es el de la Abadía de Pontigny, propiedad del intelectual católico y jaressiano Paul Desjardins, y la revista *Les Nouveaux Cahiers*, que fueron lugares de encuentros en aquellos años entre intelectuales católicos, socialistas críticos y comunistas heterodoxos. Ahí entre 1929 y 1938, De Man presentó el planismo; ahí el excomunista Angelo Tasca encontró un lugar donde confrontarse con Raymond Aron, Denis de Rougemont y el sindicalista René Belin, que acabó siendo el autor de la Carta del Trabajo del régimen de Vichy.²³ La de Angelo Tasca fue otra trayectoria peculiar. Fundador del PCd'I con Gramsci, Togliatti y Bordiga, se exilió en Francia, se incorporó al Partido socialista italiano y también al francés durante los años treinta. Colaboró con Vichy y con la Resistencia. Hay opiniones divergentes sobre su real posicionamiento en ese periodo. Tras la Segunda Guerra Mundial ocupó un papel de intelectual socialista anticomunista. Más allá de juicios de valor sobre su colaboracionismo real o ficticio, lo que resulta interesante es cómo cambia durante los años treinta su análisis respecto a la relación entre socialismo y nación.

En una serie de artículos dedicado al nazismo publicados en *Monde* en 1933, Tasca había identificado la esencia misma del fascismo en la unión de lo social y de lo nacional en el marco de una ideología revolucionaria. Lo más reaccionario del

²¹ Sobre las *nouvelles générations* francesas véase Olivier Dard, *Le rendez-vous manqué des relèves des années 30*, París, PUF, 2002.

²² Paul Marion, “Du socialisme démocratique au socialisme libéral”, *Notre Temps*, 3 mayo 1931.

²³ Emanuel Rota, “La tentazione corporativa: corporativismo e propaganda fascista□nelle file del socialismo europeo” en Matteo Pasetti (ed.), *Progetti corporativi tra le due guerre mondiali*, Roma, Carocci, 2006, pp. 85-98 e Id., “Angelo Tasca e la scelta collaborazionista in Francia: un fascismo antifascista?”, *Società e Storia*, 114 (2006), pp. 757-781.

socialismo hitleriano, según Tasca, se encontraba justamente en su unión con el nacionalismo.²⁴ Dos años más tarde, en un artículo publicado en el *Nuovo Avanti*, escribía que “la nación no viene al proletariado, como se podía pensar en 1847; es necesario que el proletariado vaya hacia la nación, se identifique con ella, realizando en el plan político y social la alianza con todas las categorías que sufren materialmente y moralmente por el régimen capitalista.” Es decir, el año antes de la victoria del Frente Popular –que Tasca apoyará, escribiendo a menudo en *Le Populaire*, el periódico socialista cercano a Léon Blum– esta alianza era posible solo a partir de una base nacional porque existían los presupuestos ideológicos y prácticos para poder abandonar el punto de vista particular de cada clase social en nombre del interés general.²⁵ En Tasca influía también aquí el mito y la experiencia del corporativismo.

Poco más de un lustro más tarde, en una serie de estudios realizados entre 1941 y 1942 en Vichy y publicados en 1953 en el libro, *In Francia nella bufera*, Tasca afirmaba en cambio que “solo la mezcla de lo nacional y de lo social ofrecen el poderoso explosivo que permite reventar los obstáculos que se oponen al camino de un pueblo que se levanta”.²⁶ Es decir, Tasca se apropiaba conscientemente de un elemento que él mismo había considerado propio de la ideología fascista. En el contexto de Vichy, Tasca recuperó una reflexión que Paul Marion –que en aquel momento ocupaba el cargo de secretario general de Información y Propaganda en el gobierno del Almirante Darlan– había hecho ya en 1933 y que Tasca en aquel entonces había criticado. En su panfleto *Socialisme et Nation* un Marion cercano a los neosocialistas afirmaba que se debía hacer la revolución “en nombre de la nación y no de una clase o de un grupo social”.²⁷

Las diferentes posturas adoptadas por Tasca respecto a la relación entre socialismo/clase y nación son sólo un ejemplo entre muchas. La cuestión de fondo es que tras la experiencia de la guerra, la *débaçle* del internacionalismo socialista de 1914, el ingreso de las masas en la historia y la modernización de la derecha política en toda Europa, el socialismo no podía hacer otra cosa que repensar su internacionalismo, promoviendo una revisión de la teoría que no podía no considerarse extremadamente urgente con la crisis de 1929 y el paulatino éxito del fascismo en media Europa, un

²⁴ Angelo Tasca, “Nationalisme ou socialisme”, *Monde*, 259, 20 de mayo de 1933.

²⁵ Angelo Tasca, “La lezione della Saar”, *Nuovo Avanti*, 19 de enero de 1935.

²⁶ Angelo Tasca, *In Francia nella bufera*, Modena, Guanda, 1953, p. 50.

²⁷ Paul Marion, *Socialisme et Nation*, París, Imprimerie du Centaure, 1933, p. 17.

proceso evidente con el nombramiento de Hitler de finales de enero de 1933. Todos los que intentaron pensar y hacer política en aquellos años, viniesen de dónde viniesen, debían tener en cuenta la nación, como concepto y como mito, de la misma manera en que debían tener en cuenta la guerra, como experiencia, como mito y como referente político.

6. La pasión política

El estudio de la cuestión del tránsito de la izquierda al fascismo en la Europa de entreguerras nos pone delante a otra cuestión, hasta ahora muy poco explorada por la historiografía de la época contemporánea: la pasión política. Esta categoría de interpretación puede ser un prisma muy útil para facilitar la lectura de estas vidas y de la historia del siglo pasado. Es suficiente volver al pensamiento de Maquiavelo para darse cuenta de la importancia de las pasiones en la política, sin reducirlas a una especie de espontaneidad irracional. El autor de *Il Principe* fue el primer autor moderno que puso la cuestión de las pasiones en el centro de su pensamiento político, tanto que se podría considerar como el fundador de un pensamiento experimental de la política entendida esencialmente en un sentido pasional. Las pasiones no desaparecieron nunca del debate filosófico y político de la edad moderna y contemporánea. Es suficiente volver a leer *Las pasiones del alma* de Descartes o seguir el hilo de las relaciones entre pasiones e intereses que reveló en el pensamiento moderno Albert O. Hirschmann.²⁸ Así hizo Gramsci, que volvió justamente a Maquiavelo, definiendo *Il Principe* como un libro de “passione politica immediata”, un “manifiesto” de partido. El concepto crociano de la pasión como momento de la política fue resuelto por Gramsci a través de la identificación de política y economía:

La politica è azione permanente e dà nascita a organizzazioni permanenti in quanto appunto si identifica con l'economia. Ma essa anche se ne distingue, e perciò può parlarsi separatamente di economia e di politica e può parlarsi di “passione politica” come di impulso immediato all'azione che nasce sul terreno “permanente e organico” della vita economica, ma lo supera, facendo entrare in giuoco sentimenti e aspirazioni nella cui atmosfera incandescente lo stesso calcolo della vita umana individuale ubbidisce a leggi

²⁸ El economista alemán puso de manifiesto la centralidad otorgada a las pasiones en la producción no solo de Maquiavelo, sino de algunos de los más conocidos fundadores del pensamiento racionalista occidental: Spinoza, Hobbes, Hume, Montesquieu, Sir James Stewart y el mismo Adam Smith. Véase Albert O. Hirschmann, *The Passions and the Interests. Political Arguments For Capitalism Before Its Triumph*, Princeton, PUP, 1977.

diverse da quelle del tornaconto individuale.²⁹

Y como Gramsci, también Carl Schmitt y Jacques Derrida en el siglo pasado replantearon la cuestión de las pasiones en la historia y en el pensamiento. La pregunta a la cual intentaron contestar era la misma: ¿De quién ser amigos? ¿A quién se debe odiar? Pero fueron completamente opuestas las respuestas que dieron: para Schmitt la primera pasión era el odio, dentro de la lógica amigo/enemigo desarrollada por el jurista alemán; para Derrida la primera pasión era la amistad.³⁰

Gramsci, Schmitt y Derrida no fueron los únicos que reflexionaron sobre la importancia y la centralidad de las pasiones políticas. Sigmund Freud, escribiendo sobre la psicología de las masas, propuso abandonar la “sugestión” –utilizada por Gustave Le Bon y William McDougall– y apelar a la “libido” como categoría clave para explicar la naturaleza del vínculo social. En su obra de 1921 Freud explicaba que basaba su hipótesis en de dos ideas:

La prima è che la massa vien evidentemente tenuta insieme da qualche potenza. A quale potenza potremmo attribuire meglio questo risultato se non a Eros, che tiene unite tutte le cose del mondo? La seconda è che se nella massa il singolo rinuncia al proprio modo d'essere personale e si lascia suggestionare dagli altri, ciò avviene probabilmente perché vi è in lui un bisogno di stare in armonia con gli altri anziché di contrapporsi a essi, e quindi forse si comporta così “per amor loro”.³¹

O dicho de otra forma, aún más explícita, “la costituzione libidica di una massa” depende de “un certo numero di individui che hanno messo un unico medesimo oggetto al posto del loro ideale dell’Io e che pertanto si sono identificati gli uni con gli altri nel loro Io”.³² ¿Es pura casualidad que en su exitoso *La razón populista* Ernesto Laclau recupere esta obra de Freud y su intento de explicar la organización de las masas a través de una relación de libido?³³ Y Laclau no se queda solo en esta última década en el intento de devolver la centralidad que se merecen las pasiones o las emociones en las

²⁹ Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*, Turín, Einaudi, 1966, p. 12, 119.

³⁰ Carl Schmitt, *Le categorie del politico. Saggi di teoria politica*, Bolonia, Il Mulino, 1972, p. 117; Jacques Derrida, *Politiques de l’amitié*, París, Editions Galilée, 1994.

³¹ Se cita de la edición italiana: Sigmund Freud, *Psicologia delle masse e analisi dell’io*, Turín, Bollati Boringhieri, 2014 (ed. or. en alemán 1921), p. 37.

³² Id., *Psicologia delle masse*, cit., p. 64.

³³ Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2013 (ed. or. 2005).

relaciones sociales y en la política. Aunque completamente distintos en sus conclusiones y en sus objetivos, resultan sintomáticos los trabajos de Martha Nussbaum y dos publicaciones fruto de encuentros organizados recientemente por el Partido Democrático en Italia.³⁴

Con Valerio Romitelli estamos reflexionando sobre el peso y la importancia que las pasiones de la política tuvieron en el siglo pasado.³⁵ Nada que ver con el idealismo o con una especie de neorromanticismo. Todo lo contrario. El estudio de las pasiones políticas se concibe como el estudio no de reglas, ni de fuerzas objetivas, sino más bien de la subjetividad, en el interior de sus energías materiales y de su hacerse, como enseñó hace medio siglo Jacques Lacan.

Proponiendo una crítica de la tradición normativa y recuperando la tradición experimental, lo que se propone es una consideración de la política como la pasión que se atreve a experimentar en la realidad las consecuencias de una idea de amistad y de odio. Las pasiones poseen su lógica, son infinitas, pero enumerables; son variables, sus combinaciones son siempre imprevisibles y permiten considerar que el pensamiento político interviene en la política misma creando posibilidades desconocidas. Como pasión política no se entiende una pasión que surge espontáneamente, ni que depende de una lógica, sino que mana de un momento de “efervescencia” intelectual, utilizando un término de Durkheim; una idea de la cual se derivan las consecuencias prácticas, que debe tener dimensiones colectivas y que dura solo si se sabe desarrollar. Una pasión que es ideológica, pero al mismo tiempo profundamente real, como puso de relieve Alain Badiou.³⁶

Lo que se intenta subrayar no tiene nada que ver, como podría parecer, con una especie de culto de las pasiones políticas con un fin en sí mismo, neorromántico y neoidealista, un culto de la irracionalidad. Se considera que las pasiones no fueron algo puramente irracional opuesto a la racionalidad de los intereses, sino que ellas también fueron racionales. Se rompería entonces aquella ecuación según la cual los intereses son racionales, mientras que las pasiones, no teniendo un objetivo preciso, no lo son. Y se

³⁴ Martha Nussbaum, *Upheavals of thought. The intelligence of emotions*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2001 y Ead., *Political emotions. Why love matters for justice*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press, 2013; *Le passioni della politica. Atti del primo ciclo di incontri*, Roma, Italianieuropei, 2011 y *Le passioni della politica/2. Atti del secondo ciclo di incontri*, Roma, Italianieuropei, 2012.

³⁵ Véase, Valerio Romitelli, *Il secolo dei partiti*, en Id., *Storie di politica e di potere*, Nápoles, Cronopio, 2004, p. 23-80 y sobre todo Id., *L'amore della politica. Pensiero, passioni e corpi nel disordine mondiale*, Modena, Mucchi, 2014.

³⁶ Alain Badiou. *Il secolo*, Milán, Feltrinelli, 2006, pp. 39-84.

afirmaría, por el contrario, que las pasiones poseen una propia racionalidad interior. La pasión política no es entonces algo puramente platónico, desconectado del mundo, sino algo tangible y real: la pasión por un cuerpo, que en el siglo XX, el siglo de los grandes partidos, no es otra cosa que la pasión por un partido. El partido no fue una mera representación electoral o de intereses económicos y de clase, sino esencialmente un cuerpo apasionado, constituido por el entusiasmo, basado en el voluntariado y la pura pasión. Y era justamente este cuerpo quien controlaba las pasiones; era el partido quien daba racionalidad a estas pasiones mediante un continuo juego de exaltación y control. El partido, consciente de que ciertas pasiones podían hacerle daño, intentaba controlar estas mismas pasiones, encauzándolas y evitando una corrosión del cuerpo, que debía mantenerse y conservarse. Se propone, en síntesis, lo que Antonio Gramsci había puesto de relieve hace casi un siglo: que la política se identifica con la economía, pero que también se diferencia de ella, dando la posibilidad de hablar de pasión política.

Los tráfugas de entreguerras declararon abiertamente la importancia que las pasiones tuvieron durante su itinerario político y subrayaron también, directa o indirectamente, la centralidad de las pasiones en la historia. No pusieron de relieve la centralidad de las pasiones en la política sólo como un fenómeno irracional y autorreferencial, sino como un fenómeno racional que gracias al cuerpo del partido podía obtener esta racionalidad y mantenerla en el remolino de la historia. Claro está que los tráfugas no fueron los únicos que demostraron el peso y la importancia de las pasiones en la política de la primera parte del siglo XX. Pero no cabe duda de que fueron un caso peculiar: al no querer renunciar a la pasión política que habían expresado en el partido comunista y/o socialista (y que estos partidos habían sabido –no sin contradicciones– canalizar y racionalizar), los tráfugas decidieron mantener esta pasión, pervirtiéndola, modificando su significado y cambiando su dirección, hasta convertirla en una pasión que se expresaba en el único partido existente (que canalizaba y racionalizaba esta pasión), después de que el fascismo llegó al poder en Italia, España y Francia en 1922, 1936 y 1940, respectivamente. La diferencia entre estos diferentes cuerpos es de todos modos evidente: si los partidos socialista y comunista eran los cuerpos de un amor de justicia social –aunque cruel en algunos casos–, los partidos fascista y nazi eran cuerpos que volvían a dar vida a la camaradería guerrera que amaba el odio y se identificaba solo como enemigo de enemigos. La problemática de las pasiones políticas contempla entonces una condena sin apelación y sin atenuantes del fascismo y del nazismo justamente por la primacía absoluta otorgada a la muerte y al

exterminio de enemigos.

7. Unas conclusiones en forma de preguntas

Los tránsfugas han demostrado ser un objeto de estudio extremadamente interesante. El estudio de sus vidas y de su lenguaje político, efectivamente, nos permite confrontarnos con muchas cuestiones relevantes, tanto a nivel teórico como a nivel práctico, de la historia de la política y del pensamiento político de la primera mitad del siglo XX: las trayectorias individuales y consecuentemente la utilidad de la perspectiva biográfica; la difusión de las culturas políticas en diferentes contextos nacionales; el estudio del discurso político y del lenguaje político; la función de la oratoria, la retórica y la propaganda en la política contemporánea, y la formación y la ideología de los partidos y de los regímenes fascistas. Pero no solamente: el estudio de estas trayectorias nos permite reflexionar sobre otras cuestiones como, por ejemplo, la relación entre clase y nación en el pensamiento y la práctica política y la relevancia de las pasiones y de las emociones en la política.

Lo que estoy planteando ahora es ampliar la investigación a otros contextos nacionales, como el de Portugal, el de Bélgica y el de Inglaterra, para poder llegar a unas consideraciones sobre este fenómeno aplicables a la Europa occidental. Por lo tanto, estas conclusiones no pueden que ser parciales y no pueden que terminar con unas preguntas, que se suman a las que ya se plantearon en las páginas anteriores, sobre todo por lo que concierne las dos cuestiones que se han tratado con más detenimiento.

a) ¿Podemos ampliar las investigaciones también a otros periodos históricos del siglo XX? Si nos ceñimos en otras etapas del siglo XX nos damos cuenta de que el tránsito de dirigentes políticos –y de intelectuales y militantes– de una familia política a otra, sobre todo en momentos de transición política, fue una problemática presente de forma constante en Europa. En lo que concierne al caso italiano resulta interesante el caso de los jóvenes intelectuales formados bajo el fascismo que pasaron a las filas comunistas y socialistas en la Italia republicana y el caso de cuadros del sindicalismo fascista y del fascismo de Saló que se incorporaron, después de la Resistencia, al PCI.³⁷ Por lo que

³⁷ Acerca del caso de los intelectuales, véase Luca La Rovere. “Los intelectuales italianos y la transición al posfascismo”, *Ayer*, núm. 81 (2011), p. 109-143 e ID. *Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*. Turín: Bollati Boringhieri, 2008. También Mirella SERRI. *I redenti. Gli intellettuali che vissero due volte. 1938-1948*. Milán: Corbaccio, 2005. Acerca del caso de los cuadros del sindicalismo fascista y del fascismo de Saló, véase Pietro Neglie. *Fratelli in camicia nera. Comunisti e*

concierno el caso español cabe mencionar el itinerario político del filósofo Manuel Sacristán, que pasó del falangismo al comunismo en la España franquista, o el del falangista Dionisio Ridruejo, que en la última década del régimen de Franco llegó a un democratismo social católico.³⁸ Si nos acercamos más a la actualidad, por otro lado, no deja de ser interesante el fenómeno, común a la mayoría de los países de la Europa occidental, del tránsito a los partidos de la nueva derecha neoliberal de dirigentes políticos que militaron en los movimientos surgidos alrededor del 68 y durante los años setenta. En Italia y en España los ejemplos son numerosos, como muestran los casos de Giuliano Ferrara y Sandro Bondi, excomunistas que pasaron a las filas del berlusconismo, o de Josep Piqué y Federico Jiménez Losantos, que transitaron del antifranquismo al Partido Popular, por mencionar sólo algunos nombres. Para estudiar estos tránsitos, ¿podemos utilizar las mismas herramientas teóricas y metodológicas propuestas para la investigación de los tránsfugas de entreguerras?

b) ¿Sería útil incorporar al estudio también las trayectorias de los intelectuales? Para el periodo de entreguerras, figuras como las de Pierre Drieu La Rochelle o Ernesto Giménez Caballero representan bien estos tránsitos, que no fueron solo unidireccionales, sino más bien –al menos en el caso de los intelectuales– zigzagueantes o de ida y vuelta, con una fuerte dosis de anticonformismo y de rebeldía a las categorizaciones como en los casos de Curzio Malaparte o Louis-Ferdinand Céline, entre otros. En estos casos, pues, ¿qué herramientas metodológicas sería conveniente utilizar?

c) Para poder desembrollar algunos de estos nudos, ¿sería conveniente tener en cuenta y, cuándo posible, utilizar comparativamente fenómenos de la política contemporánea? Pienso, por ejemplo, en los distintos discursos que se han venido haciendo en el último trienio en la izquierda independentista catalana respecto a la relación entre lo nacional y lo social o en algunas cuestiones que el fenómeno Podemos ha puesto otra vez en primer plano, como la utilización de conceptos como el de populismo o el de “ni izquierda ni derecha”.

fascisti dal corporativismo alla CGIL (1928-1948). Bologna: Il Mulino, 1996 y Paolo Buchignani. *Fascisti rossi. Da Salò al Pci: la storia sconosciuta di una migrazione politica, 1943-1953*. Milán: Mondadori, 1998.

³⁸ Para el caso de Ridruejo véase Francisco Morente Valero. *Dionisio Ridruejo: del fascismo al antifranquismo*. Madrid: Síntesis, 2006 y Jordi Gracia. *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*. Barcelona: Anagrama, 2008.